

risueño, aunque nada satisfecho del éxito de su visita.

Cuatro dias habian pasado, despues que sir Kenneth hubo salido del campamento del ejército cruzado, en compañía del sabio y oficioso El Hakim, cuando el rey de Inglaterra se hallaba una tarde sentado en su pabellon, gozando de una agradable brisa, cuya frescura, desusada en aquellos países, parecia venir de la frondosa Inglaterra, para vigorizar á su intrépido monarca, cuando estaba recobrando las fuerzas que le eran necesarias para poner cima á sus atrevidos proyectos. No le acompañaba á la sazón ninguno de sus fieles é intimos servidores: De Vaux se hallaba en camino de Ascalon, adonde habia ido á conducir refuerzos y municiones, y los otros se ocupaban en los ramos de sus respectivos servicios, disponiendo todo lo necesario para las hostilidades que iban á abrirse de nuevo, y para una previa gran reseña del ejército de los cruzados que debia hacerse en el siguiente dia. El rey escuchaba atento el agitado su-

surro de los soldados, el golpeteo de los yunques, el estrépito de los armeros, y la alegre vocería de los cruzados que parecia animada por el brio y el deseo de combatir, y por la seguridad del triunfo y de la victoria. Mientras Ricardo se deleitaba en esta agitacion tan análoga á su índole, y que fortalecia en su mente las ideas de gloria y conquista que continuamente le alimentaban, entró en su cámara un gentilhombre, con el aviso de estar esperando á la puerta un mensajero de Saladino.

— Dale entrada inmediatamente, dijo el rey, y con los honores debidos.

El gentilhombre introdujo á la presencia del rey una persona que, aunque segun todas las apariencias era un esclavo nubiano, excitó en gran manera el interes y la curiosidad del monarca. Era de soberbia estatura, de simétricas y nobles proporciones, de facciones airosas y expresivas, y aunque su color era como el del azabache, no se notaba en él ninguna de las particularidades que distinguen la mayor parte de las castas de

los negros. Cubria sus cabellos un turbante blanco como la nieve, y su trage se componia de un manto corto del mismo color, abierto por el pecho y por las sobremangas, bajo del cual se descubria una túnica de flexible piel de leopardo, que no le llegaba á la rodilla. Tenia desnudos sus robustos y fornidos brazos y piernas, salvo unas ligeras sandalias que le servian de calzado, y unas argollas de plata que le servian de brazaletes y collar. Llevaba pendiente de la cintura una ancha espada, con guarnicion de madera de box, y vaina de piel de serpiente; en la mano derecha un dardo con ancha y brillante punta de acero, de un palmo de largo, y en la izquierda un cordon de seda y oro, al que estaba atado un alano tan airoso como fuerte.

Postróse el mensajero, descubriendo al mismo tiempo los hombros, en señal de sumision, y habiendo tocado la tierra con la frente, dejó hincada una rodilla, en tanto que presentaba al rey, envuelta en una cubierta de brocado de oro, y esta en otra de

finísima seda, la carta de Saladino, en su original arábigo, con la traduccion en ingles-normando. Este documento decia asi:

«Saladino, rey de reyes, á Melec rey, el Leon de Inglaterra. Ha llegado á nuestra noticia por tu último mensage, que has preferido la guerra á la paz y nuestra enemidad á nuestra benevolencia y alianza. Hemos admirado tu obstinacion y ceguedad, y esperamos muy en breve convencerte de tu error, con la ayuda de las invencibles fuerzas de nuestras mil tribus. Alá, Dios del profeta, y Mahoma, profeta de Dios, decidirán entre tus armas y las mias. Por lo demas, te tenemos en alto aprecio, y te damos gracias por los dones que nos has remitido, y por los dos enanos, tan singulares en su diformidad como Esopo, y tan alegres como el laud de Isaac. Y en prueba de la gratitud que nos merecen estas prendas del real tesoro de tu bondad, te hemos enviado un esclavo nubiano, llamado Zohauk, del cual no debes juzgar por el color de su cuerpo, segun las ideas erradas que prevalecen entre

los hombres, puesto que el fruto que los rayos del sol han ennegrecido suele tener exquisito sabor. Sábetelo que obedece la voluntad de su dueño, con la prontitud de Rustan de Zablestan, y que es diestro y sabio en dar consejos, como lo sabrás por tu propia experiencia, cuando hayas aprendido á entenderle con él, porque el señor de la palabra ha quedado enmudecido en los muros de marfil de su boca. Te le recomendamos encarecidamente, esperando que no esté lejos la hora en que pueda serte de gran utilidad. Y con esto nos despedimos de tí, rogando á nuestro muy santo profeta te llame al conocimiento de la verdad, que viene con la iluminacion de lo alto; siendo tambien nuestro sincero deseo que se restablezca prontamente tu salud, á fin de que Alá juzgue entre tú y yo en el campo de batalla.»

Y la carta estaba autorizada con la firma y el sello de Saladino.

Ricardo observó al Nubiano, el cual estaba ya en pie enfrente del monarca, fijos los ojos en el suelo, cruzados los brazos so-

bre el pecho, semejante á una magnífica estatua de mármol negro, que aguarda la centella de la vida de las manos de Prometeo. El rey de Inglaterra, que gustaba de contemplar y estudiar al hombre, cualquiera que fuera su patria y su condicion, despues de haber examinado la armoniosa simetría de sus formas, el vigor que denotaban sus músculos y huesos, y la esbelta arrogancia de su estatura, le preguntó en lengua franca si era pagano.

El esclavo meneó la cabeza, y poniendo los dedos de la mano derecha en la frente, se hizo la señal de la cruz, para demostrar que profesaba la religion de Cristo; despues de lo cual volvió á su humilde é inmóvil continente.

— Cristiano de Nubia, sin duda, dijo Ricardo, y mutilado por esos perros.

El mudo volvió á menear la cabeza, señaló con el dedo al cielo, y le colocó sobre los labios.

— Ya entiendo, dijo Ricardo, Dios es quien te ha quitado el uso de la palabra, y

no la crueldad de los hombres. ¿Sabes limpiar una armadura y ajustarla?

El mudo hizo una seña con la cabeza, inclinándola ligeramente, y dirigiéndose á una cota de malla que pendía con el broquel y el yelmo de uno de los pilares de la tienda, la descolgó con tanto tino, que el monarca conoció su destreza, inteligencia y hábito en las funciones de escudero.

— Veo, dijo Ricardo, que lo entiendes, y no dudo que me serás útil. Tú servirás en mi cuarto y cerca de mi persona, á fin de que el soldan sepa en cuanta estima tengo sus dones. Si no tienes lengua no llevarás chismes, ni provocarás mi mal humor con importunas respuestas.

El Nubiano se postró de nuevo hasta tocar la tierra con la frente. En seguida se alzó y se colocó á alguna distancia, esperando las órdenes de su señor.

— Bueno es que empieces desde ahora tu oficio, dijo Ricardo, porque veo una mancha de orin en ese broquel; y cuando yo le presente á Saladino, quiero que esté

tan puro y tan brillante como su honor.

Al decir Ricardo estas palabras, se oyó una trompa á la puerta de la tienda; y en seguida entró en la cámara sir Henry Neville con unos pliegos. — De Inglaterra, señor, dijo sir Henry, y puso los despachos en manos del rey.

— ¡De Inglaterra! exclamó Corazón de Leon. ¡De la amada Inglaterra! y se detuvo melancólico y pensativo. ¡Ah! ¡cuán poco saben los Ingleses los males que aquejan á su soberano! enfermedad, pesadumbre, falsos amigos y enemigos disimulados. Despues, abriendo los pliegos: tambien, dijo, vienen de tierra de enemigos. Neville, márchate. Quiero enterarme de su contenido á solas, y á mis anchas.

Neville se retiró, y Ricardo entró muy en breve en los tristes pormenores que sus amigos y confidentes le daban desde Inglaterra, acerca de las facciones que destrozaban aquellos dominios; la desunion y enemistad que reinaban entre sus dos hermanos Juan y Godofredo, y las disputas de ambos con el jus-

ticia mayor Longchamp, obispo de Ely; las opresiones que ejercian los nobles con los pecheros; las revueltas de estos contra sus señores, y las consecuencias de estos disturbios que habian parado en guerra intestina y efusion de sangre. A estas noticias que abatian su orgullo y menoscababan su autoridad, seguian los consejos que le daban sus mas sabios y adictos ministros, que se reducian á que no tardase en presentarse en medio de sus vasallos, puesto que solo su presencia podia salvar aquel pais de los horrores de la discordia civil, de cuyos presagios y anuncios estaban ya aprovechándose Escocia y Francia. Ricardo leyó y volvió á leer las malhadadas noticias con indecible abatimiento y amargura, comparando las circunstancias que en unas cartas se mencionaban con las que se indicaban en las otras, y quedando sumergido en tan profunda distraccion, que parecia insensible á los objetos que le rodeaban, no obstante que para gozar de la frescura de la tarde, se habia puesto á la puerta del pabellon, con la cor-

tina descorrida, de modo que podia ver y ser visto de todos los que estaban en las inmediaciones.

En lo interior de la misma pieza y afanado en la tarea que su nuevo amo le habia impuesto, estaba el esclavo nubiano, vuelto casi de espaldas á Ricardo. Ya habia limpiado y ajustado el peto y la gola, y estaba empleado á la sazón en un ancho paves cubierto con placas de acero, de que Ricardo se servia en los reconocimientos y ataques de las plazas fortificadas, por ser de mas defensa y proteccion contra las armas arrojadas, que el pequeño broquel triangular de que se servia cuando combatia á caballo. Este paves no llevaba ni las armas de Inglaterra, ni ninguna otra emblema ni divisa, á fin de no llamar la atencion de los sitiados contra quienes se dirigia. El armero africano se esmeró pues en bruñirle y dejarle tan brillante como el cristal mas fino. Junto al esclavo, y sin poder ser visto de los que estaban fuera de la tienda, yacia el hermoso perro, que podia con razon llamarse su hermano en esclavitud.

vidud, el cual medio asustado de verse en la morada del poder y de la grandeza, no se apartaba del lado de su dueño, recogidos todos sus miembros, y clavados en tierra las orejas y el hocico.

Mientras el monarca y el esclavo mudo estaban del modo que acabamos de describir, otro actor se presentó en la escena, y se introdujo entre el grupo de los alabarderos de la guardia, de los cuales, los mas inmediatos á la puerta del pabellon se mantenian, contra su costumbre, en profundo silencio, respetando el que guardaba su agitado y melancólico caudillo. No por esto habia particular vigilancia en la guardia. Algunos de los que la componian jugaban con guijarros á juegos de azar; otros conversaban en voz baja acerca de los preparativos que se hacian para las próximas hostilidades; otros en fin se habian abandonado al reposo y al sueño, cubiertos en sus anchas capas verdes.

En medio de estos descuidados custodios de la persona de Ricardo, apareció la ridícula persona de un viejecillo Turco, pobre-

mente vestido como un *marabut*, ó santón del desierto, gente fanática y entusiasta, que solia de cuando en cuando introducirse en el campamento de la cruzada, aunque los soldados los trataban siempre con escarnio; y algunas veces con violencia. El lujo y la ociosidad de los personajes de la cruzada habia atraído á las tiendas y cuarteles, un gran número de músicos, cortesanas, y mercaderes judíos, coftos y turcos, que eran el desecho de las naciones de Oriente. De modo que aunque el caftan y el turbante debian ser y eran en realidad objetos de odio y enemistad á los ojos de los soldados, se solian ver con frecuencia en el campamento, sin escándalo ni inquietud. Cuando el viejecillo de que hemos hablado se acercó á la guardia, y fué descubierto por los soldados se quitó el turbante verde que en la cabeza llevaba, haciendo ver que estaba completamente rapada á navaja á uso de los bufones de Oriente, al mismo tiempo que sus facciones desatentadas, y sus contorsiones y visages denotaban el destempe de su fantasía.

— Baila, marabut, dijeron los soldados, que ya conocian las costumbres de aquella clase de vagabundos. Baila ó á fuerza de latigazos no te dejamos hueso sano en el cuerpo. Todos ellos repitieron las mismas palabras, tan satisfechos de tener algo con qué pasar el tiempo, como el muchacho que descubre una mariposa en el jardin, ó un nido de gorriones en el árbol.

El santón, que parecia muy dispuesto á dar gusto á sus espectadores, empezó á dar saltos y cabriolas, con tanta ligereza y soltura que parecia una hoja arrancada por el viento, y movida en prontos giros por sus remolinos. Salia de su desnuda cabeza una sola trenza de negros cabellos, que en medio de todas estas agitaciones se mantenía constantemente erguida, como si por ella le agarrase y sostuviese la mano invisible de un genio; y en efecto todos sus ejercicios y contorsiones parecian efecto de una causa sobrenatural, puesto que apenas podia percibirse cuando fijaba la punta del pie en el suelo, para tomar nuevo impulso. En medio

de estas muestras de su extraordinaria ligereza, mudaba continuamente de sitio, dirigiéndose á uno y á otro lado del círculo que formaban los alabarderos, y salvando con sus brincos considerables distancias, de cuyo modo logró aproximarse insensiblemente á la entrada del pabellon del rey, asi que, cuando cayó exausto y sin fuerzas en tierra, despues de haber dado dos ó tres saltos superiores á todos los que hasta entonces habia ejecutado, solo se halló á distancia de treinta varas de la persona de Ricardo.

— Dadle un jarro de agua, dijo un guardia, que estos saltimbanquis siempre tienen sed despues de la danza.

— ¡ Agua dices, Long Allen ! exclamó otro. ¿ Quisieras tú refrescarte con brebaje de fuente despues de un ejercicio como ese ?

— Lléveme Satanas, dijo un tercero, si prueba una gota. Es menester que el bailarín aprenda á ser buen cristiano, y que empiece su conversion con un buen trago de vino de Chipre.

— Buena idea, dijo un cuarto, y si acaso

se resiste traeremos el cuerno de Dick Hunter, con el que le da los brebages á la yegua cuando le entra el torozon.

Los soldados formaron entonces un círculo en torno del fatigado y exausto dervis, y mientras uno le tomaba en sus brazos, como si fuera un rollo de esteras, otro le presentaba un enorme jarro de vino. El viejo estaba tan abatido que no le fué posible proferir una palabra, mas con los gestos de su mano, y con los movimientos de su cabeza, dió á entender el horror que le inspiraba la vista del licor prohibido por el Profeta. Sin embargo, los militares no se hallaban muy dispuestos á ceder en sus instancias.

— Venga el cuerno, exclamó uno de ellos. Poca diferencia hay entre un Turco y un caballo. El cuerno puede servir á uno como á otro.

— Por San Jorge, vais á escandalizarle, dijo Long Allen, y ademas es un pecado mortal dar á un perro infiel una racion que puede muy bien restaurar el estómago de un cristiano.

— Hombre, respondió Enrique Woodstall, dígame que no conoces la índole de estos Turcos. Verás como el vino le produce un efecto contrario que á nosotros. El vino le dará juicio como ó nosotros nos le quita. ¡Escandalizarse! Sí, como la perra negra del caporal cuando ve una libra de manteca.

— Bueno es que eche un trago de vino en este mundo, dijo Tomas Blacklees, el que por toda una eternidad no ha de tener una gota de agua que calme su sed rabiosa.

— ¿Y qué ha hecho el pobre, preguntó Long Allen, para merecer ese suplicio? Es Turco y cree en Mahoma, porque su padre, y su abuelo, y su tatarabuelo eran Turcos, y creían en Mahoma. Si hubiera nacido cristiano, y vuelto casaca, eso es otra cosa. Entonces el rincón mas caliente de los profundos, debería servile de cuarteles de invierno.

— Calla por Dios, Long Allen, dijo Enrique Woodstall; ¡qué lengua! Acuérdate de las regañaduras de fray Francisco, cuando aquello de la Egipcia de ojos negros. Si el



padre llega á saber lo que has dicho, no te aguarda mal enjabonado. Pero aquí viene el cuerno. Vamos á la maniobra. Tenedle abierta la boca con una guarnicion de espada.

— ¡ Ola, ola! dijo Tomas, no le gustan los preparativos, y prefiere el vaso. Dádselo pronto. Bien empieza, y no es esta la primera zorra que ha desollado. Hasta arriba. Vaya que el Turco tiene trazas de ser un buen cristiano.

En efecto, el marabut se tiró á pechos sin resollar todo el vino de Chipre que el jarro contenia, y cuando le apartó de los labios, y se estuvo algunos minutos saboreándose y relamiéndose, prorumpió, cerrando los ojos, y cruzando los brazos sobre el pecho, en la exclamacion favorita de los de su clase: Alá Kerim, ó Dios es misericordioso. Las carcajadas universales de los guardias al ver toda esta escena, sacaron al rey de su distraccion, el cual levántandose enojado, los reprendió severamente por el poco orden y disciplina que guardaban.

Calláronse todos, amedrentados y confusos, porque conocian el temple de Ricardo, que á veces gustaba de familiarizarse con sus compañeros de armas y peligros, y á veces, aunque no con mucha frecuencia, exigia el mas humilde respeto de sus tropas. Los guardias se alejaron de la real persona, procurando llevarse consigo al marabut, el cual, incapaz de dar un paso, sea por la fatiga que aun le duraba de sus piruetas, sea porque el vino habia aletargado todas sus potencias, hizo una tenaz resistencia con sus gestos y con sus gruñidos.

— Dejadle quieto, dijo en voz baja Long Allen á sus compañeros. Quédese ahí junto al centinela, y quitadle la daga por si acaso, que no tardará en dormirse como una piedra.

El monarca hizo otra señal de impaciencia y enojo, y todos se retiraron precipitadamente, dejando al dervis en el suelo, en la aparente incapacidad de menear una sola coyuntura. Un momento despues todo quedó tan tranquilo como estaba antes que hubiese venido el marabut.